

José María Mardones. Desafíos para recrear la escuela

MARTHA
PETERSEN*

**Maestra en filosofía social por el Instituto Libre de Filosofía y Ciencia. Es profesora e investigadora. Actualmente cursa el Doctorado en Filosofía de la Educación en el ITESO.*

Este artículo presenta una síntesis de las ideas expuestas en el libro: *Desafíos para recrear la escuela* de José María Mardones e invita a reflexionar acerca de la necesidad de una reforma educativa que involucre a todos los actores del sistema. Los cuestionamientos tienen que ver más con un cambio de mirada sobre el hombre y su quehacer en el mundo que sobre leyes educativas y patrones de comportamiento concretos.

Algunos de los problemas que plantea Mardones pueden parecernos ajenos y lejanos. Jubilación y escuelas para toda la vida, por ejemplo, son sueños en un país que todavía lucha por la alfabetización y el acceso generalizado a la educación básica. Otros, por el contrario, son definitivamente nuestros. Promover y ofrecer una educación solidaria e incluyente, que respete lo diferente en el reconocimiento de la igualdad, es tarea prioritaria en el México actual. Si sólo forma profesionistas y técnicos centrados en la competitividad, la escuela no sólo no coopera con esta labor urgente sino que trabaja activamente en pro de la sociedad del individualismo y la exclusión.

Quienes nos enfrentamos a la angustiada tarea de formar nos paramos todos los días en el umbral del salón de clases con el temor de no saber acompañar. ¿Encuentran en nosotros nuestros alumnos alguien ante quien preguntarse? En la encrucijada entre el vértigo de la autoridad, por

un lado, y la tentación de situarnos al mismo nivel de los alumnos, por el otro, temblamos ante la posibilidad —como apunta María Zambrano— de no llegar a ser maestros por grande que sea nuestra ciencia.

La tarea educativa se encuentra inmersa, de manera inevitable, en los cambios sociales que se viven en los albores del nuevo siglo. La escuela, profundamente anclada en el pasado por su labor transmisora de conocimientos, es desafiada a la vez por su misión de formar nuevas generaciones. Encuadrar el horizonte educativo, ajustar la mirada y despertar el entusiasmo de los educadores abrumados por las dificultades cotidianas, son los objetivos que se plantea este libro de José María Mardones.

La sociedad del paro y la civilización del desempleo

Europa vive en este momento una preocupante situación de desempleo. En los lustros pasados la escuela se valoró sobre todo como espacio de preparación para la profesión. Hoy la utopía del trabajo se tambalea: ya no hay espacio para todos y esta situación parece no ser reversible. Muchos de nuestros jóvenes pasarán gran parte de su vida desempleados o en empleos eventuales.

Esta nueva sociedad comienza a formular sus propios valores y comportamientos: por una parte, se establecen la eficacia y el éxito como valores que exigen de los muchachos alto rendimiento académico. Se ha generado una feroz competencia por las notas para tratar de obtener los mejores lugares y garantizar así un buen puesto a la salida. Los compañeros de clase son ahora competidores directos. Por otra parte, la misma presión competitiva produce la huida y la indignación. Los ya descalificados de antemano por capacidad intelectual o situación social se refugian en la vagancia y las pandillas; se muestran desencantados, sin ánimo para hacer propuestas nuevas, y terminan por adaptarse apáticamente al medio que se les impone.

La escuela de hoy debe, sin olvidar su labor funcional dentro del sistema productivo, redefinir su función social. No puede ser sólo proveedora de eficaces ejecutivos y técnicos para la economía neoliberal. Tiene que ser creativa, ayudar a formular nuevas utopías e ideas generadoras de una sociedad solidaria en la que todos tengamos lugar.

Se abren también oportunidades para una nueva consideración del tiempo y el ocio para mirar a la jubilación como un nuevo principio, para crear escuelas para toda la vida. Aunque todavía es una rareza, en nuestros diplomados y posgrados tenemos personas de cada vez mayor edad. El número de jóvenes que dedican parte de su tiempo al trabajo solidario y gratuito es ahora mayor que en generaciones anteriores. Vivir con más calidad y menos cantidad, con menos cosas y más confianza, disfrutando más y afanándonos menos, no es la filosofía predominante de nuestro tiempo, pero sí un rumor que se escucha cada día con mayor insistencia.

Ante esta perspectiva, el educador tendrá que cambiar. De la orientación a la producción y la eficacia tendrá que pasar a orientarse a la realización personal y solidaria. El acercamiento a los saberes tendrá que ser forzosamente distinto. En lugar de ofrecer respuestas hechas, el educador de hoy debe generar preguntas que permitan al alumno sentirse verdaderamente menesteroso del conocimiento. Habrá que educar en la polivalencia y

la flexibilidad, en la capacidad de reflexión y la apertura.

La escuela y la crisis de la cultura tradicional

La escuela ha estado siempre profundamente ligada a la tradición. Su labor como depositaria y transmisora de conocimientos, formas y modos de vida ha sido más o menos sencilla en una sociedad relativamente estable. Hoy, sumergidos como estamos en una corriente cosmopolita, la tarea se ha complicado.

Los medios de comunicación han permitido que por primera vez seamos contemporáneos de nuestro mundo. La globalización que vivimos no sólo es económica sino también cultural: vemos las mismas películas, consumimos los mismos productos, vestimos la misma ropa. Al mismo tiempo, junto a esta configuración de una semejanza externa mundial, sabemos y entendemos como nunca antes las diferencias. El descubrimiento de lo global lleva en su seno la dialéctica de los provincialismos y no queremos perder el rincón de la patria que nos vio nacer.

Por otra parte, el contacto con mitos y tradiciones de todos los rincones del planeta nos acerca a una captación relativista de las culturas. De pronto nos damos cuenta de que habitamos tradiciones, grandes conglomerados de sentido y de formas y modos de estar en la realidad heredados de nuestros antepasados. Hechura humana, la tradición se torna insegura, y cuando esta inseguridad se vuelve insoportable, el hombre se cierra al diálogo y busca el abrigo de la certeza ciega y la autoridad competente. En nuestro mundo paradójico conviven la tolerancia extrema, vivida como consumo indiscriminado de sensaciones, y la intolerancia.

Los desafíos que presenta para la escuela y la sociedad en general esta situación son gigantescos:

- ¿Cómo ser cosmopolitas sin perder nuestras raíces? La escuela no puede ignorar la cultura mundial, pero tampoco dejar de proporcionar referentes para que cada alumno pueda, sin-

La escuela de hoy debe, sin olvidar su labor funcional dentro del sistema productivo, redefinir su función social.

Para la escuela se presenta una gran oportunidad de renovación educativa y de colaboración en la humanización de la modernidad.

tiéndose seguro del terreno que pisa, dirigir su mirada al universo.

- ¿Cómo educar en el multiculturalismo de la igualdad de los diferentes? Muchas de nuestras dificultades son fruto de la pretensión de imponer una visión occidental de las cosas. Tenemos que educar en el reconocimiento de la dignidad personal del otro en la diferencia.
- ¿Cómo vivir críticamente la tradición y tener convicciones serias? Es indispensable formar en la capacidad de juicio y discernimiento, para dotar a los estudiantes de un piso en el que se puedan plantar con certezas, al mismo tiempo que se propicia un entorno abierto en el que puedan encontrarse con otros compañeros y escuchar propuestas distintas.
- ¿Cómo educar en lo funcional sin olvidar las dimensiones humanísticas del saber? La escuela no puede limitarse a transmitir saber e información. Urge recuperar su dimensión humanística, resistir la tentación de hacerla cada vez más eficaz y funcional. Junto al saber científico, la escuela tiene que ofrecer capacidad de percepción de la riqueza inagotable de las otras formas de acercamiento a la realidad.

Una escuela para la vida y desde la vida. La educación formal no es una etapa transitoria que prepara para lo importante. El caminar en la escuela tiene un valor en sí mismo y es ya aventura y vida humana.

En este contexto, se perfilan educadores hechos de material complejo, aptos para dar respuestas múltiples y contradictorias, abiertos y dialogantes pero de convicciones profundas, capaces de sostener sus propias posturas en diálogo fecundo con los demás. Educadores con perspectiva mundial y raíces locales, con miradas puestas en el mundo pero *inculturados* en la propia tierra. Con capacidad de discernimiento; capaces de comunicar, pero sobre todo de contagiar con su testimonio ideas y formas de vida. No más excelsos conferencistas: modestos catedráticos, pero orgullosos y cercanos acompañantes de los procesos de búsqueda de cada uno de sus alumnos.

Hacia la sociedad vulnerable y de riesgo.
Desafíos para la educación

Nuestra sociedad ha pasado de ser una sociedad de peligros a ser una sociedad de riesgos. Hasta hace pocos años la función de la escuela era dotar a los alumnos de herramientas para vivir sorteando y evitando los peligros. En una sociedad de riesgo esto ya no es ni medianamente posible. El riesgo está inserto en el dinamismo de la sociedad y su primera consecuencia es la desconfianza y el temor de tener efectos no queridos. El riesgo abraza a toda la sociedad moderna, nos afecta a todos por igual.

Aparece la experiencia de lo incontrolado: el hombre ya no es el ser cuasi todopoderoso ilustrado que soñó con dominar todo con la razón. Ahora se siente débil y desvalido nuevamente. En esta situación se dan las condiciones para que crezca la desconfianza y se busquen asideros en lo que va más allá de la racionalidad: en el misterio del esoterismo o de tradiciones desconocidas y alejadas de nuestra cultura.

Esta sociedad inculca el miedo. Por ello la proliferación de agentes de seguridad, de policías patrullando nuestras escuelas y nuestros bancos, de fraccionamientos cerrados. No es extraño que, como defensa compulsiva, aumenten las reacciones crispadas o violentas. Crecen así las instituciones protectoras, aumentan los colegios que ofrecen educación segura en ideología y valores. Se ha perdido la visión profética: se quiere asegurar, no cambiar o mejorar.

Para la escuela interpelada por estos acontecimientos se presenta una gran oportunidad de renovación educativa y de colaboración en la humanización de la modernidad. Ninguna institución puede proporcionar defensas completas para el futuro, pero una educación creativa y abierta sí puede fomentar la necesidad de cambiar de estilo de vida: menos cosas y menor consumo con menor desarrollo, nuevas orientaciones y hábitos en la vida personal y colectiva. Se está apelando a un cambio moral y la escuela está llamada a formar personas con visión social crítica y partici-

pativa, responsables ante lo común, solidarias ante los débiles y cooperadoras a la hora de aportar soluciones.

Esta meta educativa de crear actitudes de responsabilidad y solidaridad requiere de la inmersión de las personas en los ambientes respectivos. No basta con la escuela, que es sólo una de las múltiples estructuras intermedias de la sociedad. Urge crear redes solidarias, abiertas, amistosas y colaboradoras; vincular la escuela con el barrio, la parroquia, las asociaciones deportivas, los padres de familia.

Hoy se necesitan educadores orientados a la colaboración con otros, que impartan sus materias vinculadas siempre con los demás saberes, atentos al entorno vital de cada educando. Y, se insiste, acompañantes pacientes de la tan a menudo oscura situación de los jóvenes.

Estado de bienestar, estado neoliberal y escuela

Existe una estrecha vinculación entre la escuela y la democracia del estado de bienestar. Uno de sus logros más evidentes es sin duda la disminución de las diferencias sociales mediante la democratización de la enseñanza.

Sin embargo, en los últimos años las políticas neoliberales han cuestionado expectativas que se habían dado por supuestas hasta ahora, apelando a la sobrecarga que pesa sobre el estado de bienestar y que amenaza con hundirlo. El énfasis de la crítica ha recaído en las políticas sociales. Los recortes al gasto público han tenido como resultado una creciente pauperización de las clases más débiles.

Preocupa sobre todo el horizonte de posibles recortes al presupuesto educativo, que amenaza a la enseñanza pública y la obligaría a competir en situación de desigualdad con la enseñanza privada. Si a esto le sumamos la economía globalizada, que comienza a dictar desde fuera reglas regidas

por la obtención del máximo beneficio, el horizonte se ennegrece aún más.

Los educadores deben hacer llegar sus voces a la sociedad y a los responsables de la política educativa y llamar su atención sobre la urgencia de invertir en escuelas de calidad para favorecer el arraigo y la integración social. La escuela desempeña un papel importantísimo en la formación y configuración de ciudadanos. Lo que se está defendiendo no es un predio sino la puerta de entrada a la *polis* y una concepción democrática y solidaria de la sociedad.

De la sociedad civil y de la escuela se espera en estos momentos que soplen los vientos de la renovación. Ambas deberían unir sus esfuerzos, y frente a la política neoliberal que espera de la escuela la simple transmisión de valores tradicionales tales como el orden, el respeto, la austeridad y el trabajo diligente, añadir la compasión eficaz, la solidaridad, la pasión por la dignidad de las personas y la igualdad y universalidad de las propuestas. Sin esto no puede esperarse cultura democrática.

Hoy el educador está llamado a la tarea de humanizar, de suscitar en el otro lo mejor de sí mismo; se le reclama para que luche por la igualdad y la justicia, se resista al desmantelamiento del estado de bienestar y proteja a los débiles. Su puesto está en la forja de ligaduras sociales, en la recreación de la sociedad y entrega modesta y arrojada que implica la humana tarea de acompañar a los demás —y así acompañarse— en la construcción de sí mismo.

Bibliografía

- Mardones, José María. *Desafíos para recrear la escuela*, PPC, Madrid, 1999.
- Zambrano, María. *La vocación del maestro*, Ágora, Málaga, 2000.
- Ortega y Gasset, José. *Unas lecciones de metafísica*, Porrúa, México, 1997.